

# La Teoría de la Identidad Social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias

Bárbara Scandroglio, Jorge S. López Martínez y M<sup>a</sup> Carmen San José Sebastián  
Universidad Autónoma de Madrid

La Teoría de la Identidad Social (TIS) y la Teoría de la Auto-Categorización del Yo han tenido gran influencia en la Psicología Social contemporánea, proporcionando reseñables contribuciones a la comprensión de la dimensión social de la conducta. En este trabajo se sintetizan los fundamentos de dichas teorías y se revisan críticamente los elementos más controvertidos de la TIS, examinando sus límites y potencialidades. Se muestra que la literatura ofrece un panorama heterogéneo que reúne, junto a notables esfuerzos de síntesis e integración, numerosos trabajos fragmentarios e interpretaciones descontextualizadas que han generado visiones distorsionadas del comportamiento grupal. Tomando en consideración el carácter multidimensional, contextualmente mediado, dinámico y funcional de los procesos identitarios, patente ya en los trabajos más cualificados, se hace necesario revisar las herramientas epistemológicas y metodológicas al uso dentro del área y evolucionar hacia prácticas que permitan estudiar los fenómenos grupales en modo más acorde a su complejidad.

*Social Identity Theory: A critical synthesis of its bases, evidence and controversies.* The social identity theory (SIT) and the self-categorization theory have had considerable influence on contemporary Social Psychology, making notable contributions to our understanding of the social dimension of behaviour. In the present work, we summarise the bases of these theories and critically review the most controversial elements of SIT, exploring its limits and potential. As shown here, the literature offers a heterogeneous body of research that includes outstanding efforts of synthesis and integration, but also numerous fragmentary studies and decontextualized interpretations that have generated distorted views of group behaviour. Taking into account the multidimensional, contextually mediated, dynamic and functional nature of identity processes, which clearly emerge in the most serious works in the field, there is obviously a need to review the epistemological and methodological tools currently employed, with a view to developing practices that allow the study of group phenomena in a manner more suited to their complexity.

La Teoría de la Identidad Social (TIS) ha sido uno de los marcos de mayor influencia en la Psicología Social de las últimas décadas. Sus propuestas han servido de estímulo a numerosas corrientes teóricas y ámbitos de estudio vinculados al comportamiento grupal en general y a las relaciones intergrupales en particular (véase Turner, 1999; o Hogg y Abrahms, 1999, para una panorámica). El ingente trabajo desarrollado a partir de sus formulaciones ha terminado convirtiéndose, sin embargo, en un arma de doble filo, ya que su gran diversificación ha hecho difícilmente accesible la visión global de sus aportaciones, potencialidades y limitaciones.

Nuestro objetivo con este trabajo es dar respuesta a una demanda constante en nuestra actividad docente e investigadora en el ámbito del estudio de las conductas grupales y colectivas, ofre-

ciendo una sistematización crítica de los conceptos fundamentales de dicha teoría y proporcionando recursos documentales que permitan su aplicación operativa al estudio de los fenómenos sociales. Para llevar a cabo nuestro propósito realizaremos una breve exposición de su desarrollo histórico, resumiremos sus ideas nucleares y analizaremos algunas de las controversias referidas a sus propuestas centrales. Finalmente, propondremos una valoración de los límites que presenta la investigación desarrollada hasta la fecha en este ámbito, sugiriendo posibles líneas de avance.

## Orígenes y desarrollo

Las raíces de la TIS se encuentran en el trabajo llevado a cabo por Henry Tajfel en la década de los cincuenta en el área de la percepción categorial (Tajfel, 1957). El desarrollo posterior, junto a sus colaboradores de Bristol, del *paradigma experimental del grupo mínimo* (Tajfel, 1970; Tajfel, Billig, Bundy, y Flament, 1971) marcó un hito en el área de estudio de las relaciones intergrupales, generando diversas hipótesis relacionadas con los efectos de la *mera categorización* sobre las conductas de discriminación intergrupal (véase Brewer, 1979, para una panorámica). La labor realizada posteriormente por su grupo se centró en el análisis de la in-

fluencia de diferentes factores, tales como el *sistema subjetivo de creencias* sobre las conductas intergrupales (Tajfel, 1974; Tajfel y Turner, 1979), siendo Turner y Brown (1978) quienes acuñaron el término *Teoría de la Identidad Social* para etiquetar las diversas descripciones de ideas que Tajfel empleó para explicar los resultados encontrados. La *Teoría de la Auto-Categorización del Yo* (TAC), elaborada posteriormente por Turner y sus colaboradores (Turner, 1985; Turner, Hogg, Oakes, Reicher, y Wetherell, 1987), vino a complementar las ideas desarrolladas desde la TIS, centrándose en mayor medida en las bases cognitivas de los procesos de categorización que subyacen a la conformación de la identidad, y elaborando un cuerpo de propuestas más estructurado. De este modo, la TIS y la TAC, siendo teorías con puntos de origen y focos de atención diferenciados, se imbrican a partir de entonces en los trabajos y equipos que asumen una perspectiva vinculada al concepto de identidad social. La muerte de Tajfel en 1982 y la dispersión de su grupo produjo una diversificación geográfica y temática de la actividad investigadora en este área (Hogg y Abrams, 1999). En la década de los noventa se inicia la explosión de un gran interés en relación con la TIS, resurgiendo desde sus postulados el estudio de los fenómenos grupales en numerosos ámbitos tales como la cohesión (Hogg, 1992), la conformidad, normas e influencia grupal (Turner, 1991), el estereotipaje (Oakes, Haslam, y Turner, 1994), el prejuicio (Brown, 1995), el conflicto intergrupar (Ashmore, Jussim, y Wilder, 2001), el comportamiento colectivo (Reicher, 1987) o los contextos organizacionales (Hogg y Terry, 1998). En cualquier caso, este espectacular desarrollo no aparecerá exento de controversias, no sólo en lo tocante a los resultados generados, sino también en cuanto a las asunciones teóricas y metodológicas que ha ido conformando la investigación dentro de este área (Reicher, 2004; Huddy, 2004).

### Conceptos fundamentales

#### *Identidad social, identidad personal y autoconcepto*

El núcleo de la TIS se origina en la idea de que «por muy rica y compleja que sea la imagen que los individuos tienen de sí mismos en relación con el mundo físico y social que les rodea, algunos de los aspectos de esa idea son aportados por la pertenencia a ciertos grupos o categorías sociales» (Tajfel, 1981: 255). Por ello, Tajfel propuso que parte del autoconcepto de un individuo estaría conformado por su *identidad social*, esto es, «el conocimiento que posee un individuo de que pertenece a determinados grupos sociales junto a la significación emocional y de valor que tiene para él/ella dicha pertenencia» (1981: 255). En las formulaciones iniciales, Tajfel (1974, 1978) postuló que el comportamiento social de un individuo variaba a lo largo de un continuo unidimensional demarcado por dos extremos: el *intergrupar*, en el cual la conducta estaría determinada por la pertenencia a diferentes grupos o categorías sociales; y el *interpersonal*, en el que la conducta estaría determinada por las relaciones personales con otros individuos y por las características personales idiosincráticas. Turner y sus colaboradores complementaron las ideas de Tajfel proponiendo el *modelo de identificación social* (Turner, 1982) y, posteriormente, la *Teoría de la Auto-Categorización del Yo* (TAC) (Turner, Hogg, Oakes, Reicher, y Wetherell, 1987). La TAC, aplicando las tesis de Rosch (1978) sobre inclusividad categorial y prototipicidad, postula un sistema de auto y hetero-categorización jerárquico compuesto por diferentes niveles de abstracción. Cuando un marco si-

tucional genera una preponderancia o *saliencia* de la autocategorización en niveles que definen al sujeto en función de sus similitudes con miembros de determinadas categorías y sus diferencias con otros se produciría un proceso de *despersonalización*, esto es, un comportamiento basado en la percepción estereotípica que el sujeto tiene de las características y normas de conducta que corresponden a un miembro prototípico de los grupos o categorías sociales salientes (Turner, Hogg, Oakes, Reicher, y Wetherell, 1987). Cuando se hace *saliente* la autocategorización en niveles que definen al individuo como persona única en términos de sus diferencias con otras personas se generaría un proceso de *personalización*, esto es, una preeminencia del comportamiento basado en las características personales idiosincráticas. En el primer caso estaríamos hablando del comportamiento vinculado a la identidad social; en el segundo, del vinculado a la identidad personal (Turner, Hogg, Oakes, Reicher, y Wetherell, 1987). Estas propuestas permitieron superar conceptualmente algunas de las limitaciones establecidas en las ideas iniciales de la TIS, ofreciendo una potente base para el desarrollo de diferentes líneas de trabajo en la conceptualización de los fenómenos grupales. Sin embargo, en modo alguno cerraron el debate entre distintas formas de concebir la relación entre los elementos personales y sociales de la identidad.

Las formulaciones más recientes realizadas por Turner (1999) inciden en el hecho de que el yo puede ser categorizado simultáneamente en niveles muy diferentes de abstracción y señalan que una misma situación puede generar una saliencia simultánea de diferentes niveles, sin que éstos tengan que estar inversamente relacionados. Sin embargo, los efectos perceptuales de los diferentes niveles tenderían a operar unos en contra de los otros en función de su fuerza relativa (Onorato y Turner, 2004). Deschamp y Devos (1996) han defendido el *modelo de covariación*, que concibe la autocategorización como el resultado de la combinación de dos dimensiones independientes: la identidad social (grado de semejanza) y la identidad personal (grado de diferencia). Worchel, Ianuzzi, Cortant e Ivaldi (2000) han postulado un modelo multidimensional de autodefinición identitaria, proponiendo cuatro dimensiones que influyen de forma separada sobre el comportamiento intergrupar: las características personales, la identidad intragrupal, la membresía grupal y la identidad grupal. Deaux (2000) ha remarcado la necesidad de considerar, junto a los elementos formales derivados de la TAC, aspectos de contenido, señalando que el significado específico de cada categoría accesible para la autodefinición y los atributos vinculados a la ella pueden generar dinámicas cualitativamente diferentes en los procesos de autopercepción y conducta intergrupar.

De forma general, estas propuestas se encuentran en fases iniciales de desarrollo y en niveles fundamentalmente especulativos, contando sólo con apoyos empíricos parciales. Reflejan, sin embargo, una tendencia común hacia el desarrollo de modelos en los que la autocategorización aparece como una configuración contextualmente cambiante de elementos interrelacionados en la que los atributos de inclusividad y diferenciación se combinan, no ya de forma alternante, sino multidimensional.

#### *La autocategorización y sus consecuencias*

La elaboración de un marco conceptual que permita explicar cómo un mismo individuo puede mantener conductas muy diversas en función de la interacción entre sus características personales y el contexto social responde a uno de los retos centrales de la

Psicología Social. Por ello, las propuestas de la TAC han tenido gran resonancia en el desarrollo de la investigación empírica dentro de este ámbito, generando importantes esfuerzos para sistematizar los mecanismos de la autodefinición. Turner (1985) ya había señalado que la *saliencia* de una determinada categorización no puede ser descrita sin más como el efecto de una prominencia perceptiva automática de ciertos estímulos. Postuló que dicha saliencia depende del equilibrio entre *accesibilidad relativa* (rapidez con la que una determinada categoría se hace cognitivamente presente en una situación de interacción social específica) y *ajuste* (grado en que la categorización consigue una representación adecuada y verídica de la situación social) (Turner, Hogg, Oaks, Reicher, y Wetherell, 1987; Turner, 1999). A su vez, otras propuestas han tratado de complementar los aspectos eminentemente cognitivos contenidos en la TAC con elementos motivacionales (véase Brown y Capozza, 2006, para una panorámica). Entre ellas destaca la *teoría de la distintividad óptima* (Brewer, 1991, 1993), que propone que en el proceso de autoconceptualización se intentaría obtener un balance óptimo entre dos motivos complementarios: la *diferenciación* y la *similitud* hacia los otros. De este modo, los grupos sobre-inclusivos (mayoritarios) tenderían a estimular la conceptualización en un nivel individual o subgrupal, en tanto que los grupos infra-inclusivos (minoritarios) tenderían a estimular la conceptualización en el nivel colectivo. Igualmente, cabe mencionar el *modelo de reducción de incertidumbre* (Hogg, 2000; Hogg y Abrams, 1993), que propone que los procesos de autocategorización estarían mediados por la necesidad de los sujetos de obtener prescripciones claras para su conducta a través de la identificación endogrupal.

Para desvelar la relación entre categorización y conducta, los teóricos de la TAC han abordado el análisis del modo en que se definen desde las categorías sociales los atributos y normas relevantes para los miembros de un grupo. La TAC propone que las personas representan a los grupos sociales en términos de *prototipos*, entendiendo éstos como «representación subjetiva de los atributos definitorios (creencias, actitudes, conductas, etc.) que son activamente construidas y dependientes del contexto» (Hogg, 1996: 231). Los prototipos serían elaborados por los miembros del grupo a partir de la información relevante accesible para caracterizar miembros ejemplares o representativos (Hogg, Hardie, y Reynolds, 1995). La autocategorización produciría, desde esta visión, una activación del prototipo vinculado a la categoría saliente, de modo que la base de la *despersonalización* del yo sería la preeminencia de las percepciones y comportamientos designados por el prototipo categorial, siendo este proceso «el que permite que el comportamiento grupal sea posible y el que genera sus propiedades emergentes e irreductibles» (Oakes, Haslam, y Turner, 1996: 114). Partiendo del concepto de prototipo y frente a la visión etiquetada como «tradicional» diferentes autores vinculados a la TAC han propuesto explicaciones alternativas de múltiples fenómenos grupales (Hogg y Abrams, 1988; Hogg y Hains, 1996; Hogg, 1992; Turner, Hogg, Oakes, Reicher, y Wetherell, 1987). Desde esta perspectiva el *grupo cohesionado* sería aquel que a través de un proceso de autocategorización ha producido, mediante la despersonalización, una constelación de efectos que incluyen conformidad grupal, diferenciación intergrupal, percepción estereotípica, etnocentrismo y actitud positiva hacia los miembros del grupo. La actitud positiva hacia los miembros del propio grupo producida de esta forma es denominada *atracción social*, y define un modo de atracción en el cual los sujetos no son apreciados en

tanto que individuos únicos, sino en tanto que encarnaciones del prototipo grupal, existiendo una mayor atracción en la medida en que son percibidos como más prototípicos (Hogg, 1992). Este tipo de atracción sería diferente de la llamada *atracción personal*, que estaría basada en las preferencias idiosincrásicas cimentadas en las relaciones interpersonales y que sería independiente de los procesos basados en la pertenencia grupal (Hogg, 1992; Hogg y Hains, 1996). La atracción social estaría influenciada por una serie de factores vinculados al prototipo grupal, tendría estrechas relaciones con la identificación, y estaría, a diferencia de la atracción interpersonal, vinculada con diversos fenómenos grupales como la conformidad, la discriminación intergrupal o el etnocentrismo (Hogg, 1992; Hogg y Hains, 1996). La atracción interpersonal, que no sería «ni necesaria ni suficiente para el comportamiento grupal» (Hogg, Cooper-Shaw, y Holzworth, 1993: 452), se encontraría influenciada por las relaciones y similitudes interpersonales, pero no se relacionaría necesariamente con la identificación grupal. Complementariamente, frente a una visión tradicional que etiquetaría los procesos de *estereotipaje* como distorsiones cognitivas puestas al servicio de la economía cognitiva y del prejuicio social, la TAC hace énfasis en su carácter de «juicios sociales categoriales» (Turner, 1999: 26), esto es, de percepciones de personas elaboradas en función de su pertenencia grupal a través de categorizaciones que se producen en el nivel de la identidad social. Los estereotipos serían entonces fluidos, dependientes del contexto y variarían, dentro de un mismo sujeto, en función de la relación entre el yo y los otros, el marco de referencia, las dimensiones de comparación y el acervo de conocimientos, expectativas, necesidades, valores y metas del perceptor (Turner, 1999; Spears, Oakes, Ellemers, y Haslam, 1997; Oakes, Haslam, y Reynolds, 1999). No sería necesario aludir a una capacidad de procesamiento limitada para explicar por qué se generan estereotipos, ni tampoco sería adecuado estimar que los estereotipos empobrecen la percepción (Turner, 1999).

La relevancia que este enfoque ha tenido en el análisis de los fenómenos grupales queda patente en las palabras de Dion, quien señala que la TAC «es probablemente la perspectiva sociopsicológica dominante en la cohesión en los años noventa y ha dado nuevo vigor a la investigación en la cohesión tanto conceptual como empíricamente (2000: 19)». A su vez, algunos de los investigadores de más relevancia en el ámbito de la teoría defienden la fortaleza teórica y empírica del análisis de la cohesión y de sus efectos sobre el comportamiento intra e intergrupal desde la TAC (véase, por ejemplo, Brown y Gaertner, 2001; Hogg y Tindale, 2001). Aún así, existe un apreciable desequilibrio entre el poder sugestivo de la relación entre atracción social y prototipicidad y las limitadas evidencias empíricas directas que las sustentan, reducidas a un número restringido de trabajos, realizados fundamentalmente por Hogg y sus colaboradores (véase Hogg y Hains, 1996), quienes reconocen que los procesos que diferencian los dos tipos de atracción y las fronteras que los delimitan deben ser todavía esclarecidos con mayor profundidad. En lo relativo a los procesos de estereotipaje, la influencia de la TIS y la TAC ha sido decisiva en la conceptualización del prejuicio y en la fundamentación de las estrategias propuestas por diferentes autores para reducirlo. Así, la combinación de los elementos contenidos en la TIS y la TAC con otros enfoques teóricos, como la Teoría Realista del Conflicto, ha servido como base para la elaboración de las estrategias de *descategorización*, *recategorización* y *diferenciación mutua* y los llamados *modelos híbridos*, como las *identidades sociales múltiples*,

las *identidades cruzadas* o los *modelos de procesamiento recíproco* que constituyen hoy en día el corpus fundamental de conocimiento y teorización en el área de la reducción del prejuicio (véase Hewstone, Rubin, y Willis, 2002, para una panorámica). Sin embargo, como señalan Oakes, Haslam y Reynolds (1999), el trabajo en este área ha estado marcado por una conceptualización defectiva, excesivamente estática y descontextualizada del estereotipo, desde la que se ha priorizado la mera información desconfirmatoria como estrategia de cambio, desatendiendo así la funcionalidad identitaria a la que sirve.

#### *Comparación social y estrategias para la obtención de una identidad social positiva*

Otro de los elementos nucleares y, a la vez, más polémicos de la formulación original de la TIS es el supuesto según el cual existe una tendencia individual a la consecución de la autoestima positiva que se satisfaría en el contexto intergrupar mediante la maximización de las diferencias entre endogrupo y exogrupo en las dimensiones que reflejan positivamente al endogrupo (Tajfel y Turner, 1979; Tajfel, 1981). Según esta visión, a través de la comparación social realizada sobre diferentes dimensiones, el endogrupo establece su diferenciación respecto de los posibles exogrupos, tendiendo con la contribución del *principio de acentuación* a hacer mayores las diferencias intergrupales, especialmente en aquellas dimensiones en las que el endogrupo destaca positivamente. Comparando el propio grupo en dimensiones valoradas positivamente con los diferentes exogrupos y generando la percepción de superioridad en dicha comparación, el individuo adquiriría una distintividad positiva y, consecuentemente, generaría una *identidad social positiva* en comparación con el exogrupo (Hogg y Abrams, 1988). Desde esta base, Tajfel (1981) planteó que, en caso de que la comparación social produzca resultados negativos, el sujeto tenderá a experimentar un estado de insatisfacción que activará determinados mecanismos para contrarrestarla, generando distintas formas de comportamiento intergrupar destinadas a la consecución de una identidad social positiva. Tajfel (1981) estableció originariamente una diferenciación entre las denominadas *comparaciones seguras*, en las que la estructura de estatus entre exo y endogrupo se percibe como *legítima y estable* (aunque no necesariamente deseables), y las *comparaciones inseguras*, en las que esta estructura se percibe como *ilegítima e inestable*. Propuso dos tipos fundamentales de estrategias: la primera, denominada *movilidad social*, podría desarrollarse cuando existe la creencia de que las barreras entre las categorías sociales son permeables y consiste en la tentativa del sujeto de redefinir su pertenencia categorial, tratando de llegar a ser miembro del grupo de estatus superior. La segunda, denominada *cambio social*, se relacionaría con la asunción de la impermeabilidad de las barreras intergrupales (la imposibilidad relativa de pasar, en términos psicológicos, de un grupo de estatus inferior a otro de estatus superior) y consistiría en el intento de las personas de desarrollar en conjunto con su endogrupo estrategias que permitan obtener una reevaluación positiva del mismo. Tajfel y Turner (1979) propusieron originalmente dos tipos de estrategias fundamentales dentro de la categoría de cambio social: *creatividad social* y *competición social*. La *creatividad social* tendería a ocurrir cuando las relaciones intergrupales son subjetivamente percibidas como *seguras* (como hemos señalado, legítimas y estables) y en la formulación inicial de la teoría incluía tres estrategias concretas: búsqueda de *nuevas*

*dimensiones de comparación*, *redefinición de los valores* adjudicados a determinadas dimensiones y *cambio del exogrupo de comparación*. La *competición social* tendería a aparecer cuando se percibe la comparación entre los grupos como *insegura* y consistiría en intentar aventajar al grupo de mayor estatus en la dimensión consensuadamente valorada por ambos (Tajfel, 1981).

El trabajo teórico y empírico desarrollado complementariamente a las formulaciones iniciales de la TIS ha derivado en la propuesta de nuevas estrategias de consecución de identidad social positiva. La *recategorización supraordenada* (Gaertner, Dovidio, Anastasio, Bachman, y Rust, 1993) tendría lugar cuando los miembros de exogrupo y endogrupo se definen a sí mismos en términos de una nueva categoría social común de orden superior e intentan alcanzar identidad social positiva a través de la comparación con otros grupos de niveles similares. La *recategorización subordinada* se refiere al proceso mediante el cual el endogrupo se divide en subgrupos y se intenta alcanzar identidad social positiva a través de la comparación con el subgrupo de nivel inferior (Gaertner, Dovidio, Anastasio, Bachman, y Rust, 1993). En la *comparación temporal* (Albert, 1977) los individuos no se centran en la comparación con otros grupos y pasan a comparar la situación actual del endogrupo con la situación que existía en momentos temporales anteriores. En la *comparación con el estándar* (Masters y Keil, 1987), los individuos no se centran en la comparación con otros grupos y se comparan con los estándares que reflejan normas u objetivos compartidos socialmente. Branscombe, Ellemers, Spears y Doosje (1999) han incluido, a su vez, entre las posibles estrategias, el *incremento del autoestereotipaje* y el *incremento de los niveles de homogeneidad o heterogeneidad endogrupales*.

Una parte sustantiva de la literatura vinculada a la TIS se ha centrado en el estudio empírico de las relaciones entre las estrategias de consecución de identidad positiva y diferentes variables referidas a la estructura de la interacción grupal, tomando como base las predicciones y los resultados generados por Tajfel y sus colaboradores. Sin embargo, el trabajo realizado en esta línea está lejos de haberse desarrollado con los mínimos niveles de integración o consenso necesarios para permitir una contrastación sistemática de las formulaciones originarias, existiendo algunos intentos de síntesis que a continuación detallamos.

Mullen et al. (1992), a partir de su metaanálisis, defienden una relación general entre sesgo endogrupal y saliencia y señalan una disminución del sesgo en función del estatus en grupos reales y un incremento del sesgo en función del estatus en grupos artificiales. A su vez, mantienen la existencia de una interacción entre la relevancia de las dimensiones y el estatus endogrupal, de modo que los grupos de alto estatus exhibirían un mayor sesgo en atributos relevantes y los grupos de bajo estatus un mayor sesgo en atributos menos relevantes. Sus conclusiones, en cualquier caso, se ven ciertamente cuestionadas, y en numerosos aspectos superadas, por el trabajo de Bettencourt et al. (2001), quienes plantean una estructura de análisis de mayor complejidad que intenta dilucidar con mayor fineza los procesos de interacción entre variables estructurales. Ponen en duda también la validez teórica de la división entre grupos artificiales y naturales, a la que Mullen et al otorgan gran importancia y señalan la necesidad de formularla en términos psicosociales contenidos dentro de la teoría. De forma general Bettencourt y cols. (2001) muestran la importante relación que las variables estructurales mantienen con las estrategias grupales y dejan patente tanto la necesidad de considerar diferencialmente las

estrategias que utilizan los grupos de alto y bajo estatus, como la necesidad de distinguir entre las estrategias vinculadas a *dimensiones* de comparación percibidas como *relevantes* (vinculadas a la estrategia de *competitividad social*) o *irrelevantes* (vinculadas a la estrategia de *creatividad social*). De la compleja estructura de interacciones múltiples generadas por el metaanálisis pueden destacarse algunos resultados de especial interés. Así, ofrecen evidencias de que los grupos de alto estatus ejercen de forma general un mayor grado de favoritismo endogrupal que los grupos de bajo estatus, tanto en las dimensiones que son relevantes para la distinción que define el estatus como en las que son percibidas como irrelevantes, mostrando, por tanto, el uso concomitante de estrategias de competitividad y creatividad social para mantener el *status quo*, a la vez que una menor tendencia a la implicación en estrategias cooperativas. De acuerdo con los resultados, bajo condiciones de permeabilidad, los grupos de alto estatus acentuarían la discriminación ejercida en las dimensiones irrelevantes, sugiriendo la necesidad de reforzar su posición en situación de amenaza. Aunque los grupos de bajo estatus parecen evidenciar una menor tendencia general al favoritismo endogrupal (que sería reflejo de la aceptación de la situación de estatus), los resultados indicarían que cuando dichos grupos perciben que la estructura de estatus es ilegítima, igualarían a los grupos de alto estatus en su tendencia al favoritismo endogrupal en las dimensiones relevantes (rechazando la aceptación de la superioridad de los grupos de alto estatus y generando estrategias de competitividad social); buscarían, a su vez, una mayor distintividad en las dimensiones irrelevantes. La permeabilidad, a su vez, tendría un relevante efecto sobre las estrategias escogidas de los grupos de bajo estatus, dado que éstos tenderían a favorecer a los grupos de alto estatus en caso de percibir barreras permeables y, en cambio, a favorecer al endogrupo en dimensiones irrelevantes cuando se percibe que éstas son impermeables. Los resultados obtenidos sugieren, por tanto, que el conflicto intergrupar será más probable cuando la estructura de estatus sea percibida como ilegítima e inestable y cuando las barreras entre grupos son impermeables, en la línea marcada por las predicciones de Tajfel. Apoyan, igualmente, las previsiones teóricas realizadas desde distintos autores vinculados a la TIS (Ellemers, Spears, y Doosje, 1999; Tajfel y Turner, 1979), señalando que la promoción de percepciones de permeabilidad entre categorías sociales tendería a inhibir la movilización social de los grupos de bajo estatus y a hacer que sea más probable que el sujeto desarrolle estrategias individuales para intentar alcanzar una identidad social positiva.

El extenso programa de investigación desarrollado por el grupo de trabajo en el que se integran, entre otros, Ellemers, Spears, Doosje, Manstead y Ouwerkerk (puede verse una amplia panorámica en Ellemers, Spears, y Doosje, 1999; una sintética revisión en Ellemers, Spears y Doosje, 2002; o un trabajo metaanalítico en Jetten, Spears, y Postmes, 2004), se ha caracterizado por intentar abarcar también desde un adecuado nivel de complejidad de los procesos de interacción grupal y, a su vez, por una atención poco común en el área a los aspectos de contenido o significación de las categorías sociales en juego. Sus resultados, muy centrados en las implicaciones que los niveles de identificación grupal generan sobre la conducta de los miembros, señalan que múltiples variables contextuales (amenaza a la identidad social, saliencia de las categorías sociales, carga cognitiva) interaccionan con la identificación grupal a la hora de influir, sobre un amplio rango de percepciones sociales (autoestereotipaje, estereotipaje grupal, diferenciación

intergrupar, percepción de la variabilidad grupal y grado de categorización social) (Spears, Doosje, y Ellemers, 1999). Desde esta perspectiva Jetten y sus colaboradores (Jetten, Spears, y Manstead, 1999; Jetten, Spears, y Postmes, 2004) presentan un modelo integrador en el que los procesos contenidos en la TIS serían dominantes en los miembros con alta identificación, en tanto que los principios contenidos en la TAC, como el meta-contraste y el ajuste comparativo serían más importantes cuando la identificación con el grupo es baja. Este modelo quedaría reflejado en un gráfico en el que la relación entre *distintividad grupal* (grado en que se perciben diferencias o dis-similaridades entre exo y endogrupo en una dimensión relevante) en el eje horizontal y *diferenciación grupal* (grado en que se tiende a distinguir el propio grupo de un grupo de comparación relevante, ya sea a través del sesgo endogrupal, el favoritismo exogrupal o la evaluación neutra) en el eje vertical toma la forma de una U invertida para los miembros con baja identificación y una función lineal decreciente en los miembros con baja identificación.

Los trabajos mencionados han articulado sus resultados de forma coherente con las propuestas contenidas en la TIS y la TAC, si bien no están libres (especialmente los que desarrollan un enfoque metaanalítico) de una tendencia a la construcción de explicaciones o de categorías *ad hoc*. A su vez, aunque muestran confluencias en diferentes puntos, resultan difícilmente integrables en su conjunto, al trabajar con conceptos o factores que no son directamente equiparables. Analizaremos posteriormente las implicaciones de esta dinámica de trabajo.

#### *La cuestión de la identificación grupal*

Según los teóricos de la TIS, la identificación es elemento suficiente para determinar la percepción subjetiva de la existencia de un grupo y su grado permite clasificar los contextos en los que se desarrollan las conductas a lo largo del continuo personal-social (Tajfel, 1978; Turner y Giles, 1981). A este propósito, Eiser pone de manifiesto cómo «las definiciones de lo que es o no un grupo dependen, pues, de ese proceso de identificación más que de otro único factor» (1989; p. 339). Siendo así, no deja de ser llamativo que, en el ámbito de la Teoría, un elemento que es potencialmente tan relevante continúe estando sometido a un importante grado de ambigüedad, a formulaciones carentes de justificación (véase, por ejemplo, Hogg, Hains, y Mason, 1998) o a operativizaciones en exceso escuetas, incluso por parte de autores que hacen de él un elemento central en su propuesta (véase, por ejemplo, Doosje, Ellemers, y Spears, 1995). No en vano Henry, Arrow y Carini, por ejemplo, han destacado que «una revisión detenida de dicha literatura revela, en cualquier caso, una confusión general sobre lo que es, exactamente, la identificación grupal (1999: 559)». A pesar de ello, son diversos los intentos que se han llevado a cabo para estructurar el análisis de este constructo. Hofman (1988) desarrolló un modelo teórico sobre identificación y propuso un instrumento específico basado en cuatro dimensiones: *validez, autopercepción, solidaridad y centralidad*, que, a pesar de su potencialidad, no ha tenido continuidad en la literatura. Henry, Arrow y Carini (1999) han propuesto un modelo tripartito de identificación grupal formado por los componentes *afectivo, comportamental y conductual*. Ellemers, Kortekaas y Ouwerkerk (1999), partiendo de la definición de identidad social propuesta por Tajfel (1981), señalan que pueden distinguirse tres elementos fundamentales de la identificación social: el *cognitivo* (el conocimiento que

posee el individuo respecto a su pertenencia a determinado grupo o autocategorización), el *evaluativo* (valor positivo o negativo vinculado a la pertenencia grupal o autoestima grupal) y el *emocional* (sentido de implicación emocional con el grupo o compromiso afectivo). Cameron (2004) propone un modelo de identificación constituido por tres dimensiones: *centralidad*, *afecto intragrupal* y *vínculos intragrupal*. En términos generales, la falta de consenso en este aspecto es explicable, en parte, por la vaguedad con que el constructo «identificación» fue definido en las formulaciones originarias de la TIS. Refleja, a su vez, la sistemática de trabajo de una gran parte de los estudios empíricos dentro del área, en los que se determina habitualmente la pertenencia grupal en términos de inclusión o exclusión (ya sea mediante la adscripción de los sujetos a grupos creados artificialmente o mediante la utilización de categorías preexistentes) prestando menor atención al análisis de los niveles de identificación del sujeto a la categoría a la que está adscrito que a otras variables contempladas en el entramado de la TIS.

Algunas controversias derivadas de la teoría

*¿Basta la mera categorización para producir homogeneidad exogrupal?*

Una de las propuestas derivadas de los primeros trabajos de Tajfel postulaba que el contexto intergrupal producía, a través del proceso de categorización, una exageración tanto de las diferencias entre grupos como de las similitudes dentro de los grupos. La literatura subsiguiente ha prestado una sustantiva atención a la contrastación de este principio, denominado «homogeneidad intragrupal» o «intracategorial», abordando la tarea de intentar determinar principios generales que predijesen su aparición en diferentes contextos intergrupales. En un inicio, según refieren Ostrom y Sedikides (1992), las evidencias parecían mostrar la existencia de una mayor acentuación en las similitudes percibidas en el exogrupo. Sin embargo, los trabajos posteriores intentaron establecer matizaciones a la existencia de este proceso. Mullen y Hu (1989) señalaban que, si bien este efecto de heterogeneidad relativa (más variabilidad en el endogrupo en comparación con la variabilidad percibida en el exogrupo) parecía consistente, su intensidad era débil y aparecía en menor medida en los grupos artificiales que en los naturales. Ostrom y Sedikides (1992) apoyarán esta aseveración en una revisión posterior. En cualquier caso, Simon (1992) relativizaba ya esta afirmación, argumentando que bajo determinadas condiciones se produce más homogeneidad endogrupal, especialmente en los atributos estereotípicos positivos. Brewer y Brown (1998), a partir del examen de los resultados existentes en la literatura, argumentan que los grupos minoritarios mostrarían una mayor tendencia a la homogeneidad intragrupal, en tanto los grupos de igual tamaño o mayoritarios mostrarían mayor tendencia a la homogeneidad exogrupal. Defienden, a su vez, que las dimensiones que son más relevantes para la definición del grupo parecen mostrar una tendencia a la homogeneidad endogrupal, en tanto que las dimensiones periféricas tienden a mostrar más homogeneidad exogrupal. Ellemers y cols. (1999) han abordado el estudio de este fenómeno desde el análisis del comportamiento que realizan miembros de alta o baja identificación, señalando que los miembros altamente identificados tenderían a una mayor percepción de homogeneidad tanto exo como endogrupal.

De forma general, con independencia de estas propuestas específicas, en la actualidad parece primar una visión que, aún admitiendo tendencias genéricas, defiende relaciones complejas entre categorización y variabilidad percibida que pueden implicar tendencias diferentes en función del contexto. Ésta, por ejemplo, es la visión de Haslam, Oakes, Turner y Mc Garty (1995), quienes han mostrado que la homogeneidad o heterogeneidad percibida en exo y endogrupo es altamente sensible al contexto y que varía en función de que sea saliente el contexto comparativo intra o intergrupal. Doosje, Ellemers y Spears (1995) sugieren, igualmente, que los juicios de variabilidad pueden fluctuar de acuerdo con las dimensiones y el contexto comparativo y cuestionan no sólo la idea de que los exogrupos sean percibidos con mayor homogeneidad que los endogrupos, sino también la asunción de que la homogeneidad sea negativa *per se*.

*¿Basta la mera categorización para producir discriminación exogrupal?*

Las evidencias empíricas derivadas del paradigma experimental del grupo mínimo sugerían en un inicio que la simple categorización social de los individuos podía traer como consecuencia la propensión hacia el favoritismo endogrupal, generando conductas de competición social (Tajfel y Billig, 1974). Estos resultados, no siempre interpretados con la prudencia o complejidad cognitiva patente en sus autores originarios, generaron la hipótesis de una relación necesaria entre mera categorización y discriminación grupal (puede consultarse Park y Judd, 2005, para una excelente antología de inadecuadas interpretaciones). Sin embargo, en los últimos años, un amplio conjunto de trabajos destinados a examinar desde una visión de conjunto las evidencias existentes al respecto han planteado importantes condicionantes a esta suposición.

En primer lugar, aunque la discriminación intergrupal en el paradigma del grupo mínimo ha probado ser un resultado consistente y robusto con diferentes culturas y poblaciones (Brown, 1979), son numerosas las críticas dirigidas a la generalización de sus resultados a otros contextos intergrupales. Algunos autores ponen en duda la validez externa del paradigma del grupo mínimo señalando, entre otras cuestiones, que la propia estructura de la tarea, que define una única dimensión de distintividad posible, induce a los sujetos a generar conductas de discriminación y les impiden escoger estrategias alternativas (e.g. creatividad social) (Brewer y Brown, 1998; Branscombe, Ellemers, Spears, y Doosje, 1999). Diehl (1990), a partir de una revisión de diferentes estudios, defiende incluso que son precisamente las condiciones de anonimato y ausencia de interacción anticipada las que son necesarias para que ocurra el sesgo intergrupal. Otros autores cuestionan la validez de la propia interpretación de los resultados, señalando la existencia de múltiples explicaciones alternativas al vínculo entre discriminación y categorización (Park y Judd, 2005; Brewer y Brown, 1998). Park y Judd (2005), a partir de un examen en detalle de las evidencias existentes y de su propio trabajo empírico, defienden que no existe evidencia experimental de que el incremento de los niveles de categorización lleve a un mayor sesgo intergrupal.

En segundo lugar, distintos autores han señalado que el concepto *discriminación grupal* encierra bajo una misma etiqueta distintos procesos que no responden a iguales condiciones (Brewer y Brown, 1998; Hewstone, Rubin, y Willis, 2002). Brewer y Brown (1998), concretamente, han planteado la necesidad de distinguir

entre tres componentes de la discriminación intergrupal que serían relativamente independientes: *formación endogrupal* (favoritismo hacia el propio grupo sin discriminación de los sujetos externos al mismo), *diferenciación exogrupal* (discriminación, hostilidad y desconfianza hacia los grupos que son distintos al propio) y *competición social intergrupal* (consecución de ventaja relativa del endogrupo respecto al exogrupo). Han remarcado, a su vez, que en muchos casos el favoritismo endogrupal significa generar beneficios más positivos para el endogrupo, pero no el tratamiento negativo del exogrupo y que el sesgo endogrupal puede ser eliminado si favorecer al propio grupo implica perjudicar al exogrupo. Scheepers, Spears, Doosje y Manstead (2006) han señalado igualmente la importancia de distinguir entre la *dimensión instrumental* y la dimensión de *expresión identitaria del sesgo* endogrupal, modulados diferencialmente por las variables estructurales.

En tercer lugar, existe ya una reseñable cantidad de trabajos empíricos y teóricos que defienden la influencia de múltiples factores sobre las estrategias escogidas por los grupos, condicionando sólo a determinadas situaciones la aparición de procesos de discriminación intergrupal. Señalamos en este sentido los trabajos de Brewer (2001), o los de Mullen, Brown y Smith (1992), Betten-court et al. (2001) y Jetten Spears y Postmers (2004) que hemos resumido anteriormente. Huddy (2004), en su examen de conjunto de la Teoría, ha señalado también que el significado histórico y social atribuido a una identidad concreta puede modular la orientación hacia una u otra conducta.

Desde una visión de conjunto, el examen adecuado de los postulados originarios contenidos en la TIS y la TAC permite cuestionar la asunción de una relación directa entre mera categorización y discriminación. Desde dichos postulados y desde el apoyo empírico disponible, la creación de un contexto de interacción intergrupal no produce como proceso primario la competición, sino, en términos de la TIS, la necesidad de distintividad endogrupal o, en términos de la TAC, la activación del prototipo categorial que maximiza las posibilidades de diferenciación y que designa las normas de conducta que son apropiadas en dicho contexto. Por ello, si las normas de interacción existentes en el endogrupo priorizan las conductas de cooperación y altruismo, la mera categorización, la diferenciación grupal y la necesidad de distintividad puede llevar no a la competición, sino a la conducta prosocial.

*¿La discriminación refuerza la autoestima? ¿La baja autoestima favorece la discriminación?*

Aunque los resultados generados inicialmente desde la TIS apoyaban la idea de que la discriminación intergrupal exitosa elevaba la autoestima y que la autoestima baja o amenazada promovía, por sí misma, la discriminación intergrupal a favor del endogrupo (Hogg y Arahms, 1988), los trabajos desarrollados con posterioridad han aportado, de nuevo, importantes matizaciones a estas potenciales relaciones. Una primera puntualización en la que coinciden diferentes autores (Rubin y Hewstone, 1998; Brewer y Brown, 1998; Turner y Reynolds, 2001) señala que aunque la teoría postule la tendencia hacia la consecución de una autoestima positiva, ésta no es equivalente a la búsqueda de autoestima a nivel individual, sino la búsqueda de una identidad social positivamente valorada; por ello, no tendría sentido el establecimiento de relaciones directas y unívocas entre discriminación intergrupal y autoestima general. Otra matización importante, contenida en la propia teoría y apuntada por Turner y Reynolds (2001), señala, de nuevo,

que la discriminación intergrupal es sólo una de las estrategias potencialmente eficaces para generar comparaciones sociales favorables y que su aplicación efectiva en este sentido dependería necesariamente de la confluencia de otros factores. Así, en condiciones en las que la identidad social es *saliente*, es *insegura* (inestable o ilegítima), en un contexto de interacción con un grupo de *alto o bajo estatus*, la necesidad de distintividad positiva podrá generar estrategias diferentes entre las que se encuentra, bajo determinadas condiciones (que hemos detallado en el apartado anterior), la estrategia discriminatoria o competitiva. En tercer lugar, cabe señalar que la investigación acerca de la autoestima en el marco de la TIS enfrenta problemas similares a los encontrados en otros ámbitos de estudio, generados por una visión excesivamente estática de dicho constructo (véase, por ejemplo, Scandroglio y cols., 2002, para una discusión en este sentido). Brewer y Brown (1998) específicamente han señalado la necesidad de diferenciar entre la baja o alta autoestima «crónica» y la pérdida temporal de autoestima, defendiendo que los grupos de alto estatus no ejercen habitualmente estrategias de discriminación intergrupal, pero sí tienden a hacerlo cuando sienten dicha autoestima amenazada. Turner (1999) destaca que la teoría no se refiere a la autoestima como un «impulso crónico y abstracto», sino como el resultado de un proceso psicológico de autocategorización en el contexto de los valores e ideologías grupales.

#### Discusión

La TIS y la TAC han sido y continúan siendo propuestas de extrema relevancia en el panorama de la Psicología Social actual. Han contribuido sustantivamente a la comprensión de la dimensión social de la conducta y han marcado numerosas líneas de avance en la conceptualización y el estudio de diferentes fenómenos grupales. Las interpretaciones poco matizadas de las propuestas teóricas originarias han generado, sin embargo, diferentes polémicas vinculadas, fundamentalmente, a una supuesta conexión necesaria entre los procesos de categorización social e identificación grupal y la discriminación, que no aparecía contenida originalmente en la teoría y que se ve refutada por las reflexiones y revisiones más recientes. En la actualidad, el trabajo empírico y teórico en esta área continúa nutriéndose de las ideas originarias de la TIS y, posteriormente, la TAC, planteando, cuando se desarrollan en los adecuados niveles de síntesis y complejidad, procesos que complementan y enriquecen ambas propuestas. Desde la perspectiva de los trabajos más cualificados comienza a trazarse un modelo de ser humano en el que la auto y hetero definición aparecen como un proceso dinámico y cambiante que combina elementos formales y motivacionales diversos y que resulta de la interacción entre las características del entorno y el conjunto de recursos del sujeto, articulados en un espacio multidimensional que combina diferentes criterios de inclusividad y diferenciación. La conducta intergrupal aparece entonces como un recurso funcional que emerge en el seno de condicionantes contextuales e individuales concretos con el objeto de proporcionar al sujeto estrategias exitosas de afirmación identitaria y que puede tomar forma en estrategias conductuales y perceptivas muy diversas.

La intensa actividad desarrollada en este campo ha actuado, sin embargo, como espejo multiplicador de los defectos y límites presentes en la praxis científica en el ámbito psicosocial, poniendo de manifiesto algunos escollos que parece ya necesario superar si se desea avanzar en la comprensión de los fenómenos grupales. Des-

de el punto de vista epistemológico, las asunciones que han ido conformando la investigación de este área están lejos del carácter metateórico de sus orígenes, marcado por el énfasis en la contextualización social, la integración de diferentes perspectivas teóricas y la visión de proceso (Reicher, 2004). La forma de trabajo dentro de este marco deja patente la frecuente asunción de una suerte de realismo ingenuo, materializado en el intento de búsqueda de leyes generales de relación entre constructos, en un modo que parece dar a entender que éstas existen *a priori* para cualquier categoría social, con independencia de la significación personal o de su contexto cultural o histórico. Deja en evidencia, igualmente, la frecuente adopción más o menos implícita de un reduccionismo de corte mecanicista, evidenciado en el repetido intento de reconstrucción de explicaciones globales de los fenómenos grupales a partir de la simple adición de las evidencias obtenidas mediante el aislamiento y estudio fragmentado de los efectos de variables concretas. Desde el punto de vista metodológico, a pesar de concebir las relaciones intergrupales como fenómenos dinámicos conformados por complejas interacciones, la investigación se ha desarrollado con herramientas cimentadas en supuestos de linealidad y unidireccionalidad y con el uso casi exclusivo de medidas transversales puntuales que en modo alguno son capaces de aprehender estas características. A su vez, el desarrollo del trabajo empírico ha estado ampliamente cimentado en la creación de situaciones de interacción social muy simples y estructuradas, en la medición de efectos a corto plazo y en el uso de muestras seleccionadas más con criterios de accesibilidad que de pertinencia, con escasa atención a los fenómenos que tienen lugar en entornos naturales. Podemos señalar, en suma, que la investigación en este ámbito, enfrentando desafíos similares a las que encuentra el estudio de fenómenos complejos en otras disciplinas ha utilizado y continúa utilizando herramientas epistemológicas y metodológicas que en otros ámbitos se consideran ya obsoletas (véase Capra, 2003).

Todo ello ha generado algunas consecuencias negativas que creemos haber puesto de manifiesto a lo largo de nuestra exposición. Por una parte, una cuantiosa literatura fragmentada y dispersa, en la cual es común que algunos constructos considerados como esenciales por determinados autores sean simplemente ignorados por otros y en la que un mismo concepto puede encontrarse abordado mediante indicadores completamente heterogéneos y difícilmente integrables. Por otra, un evidente fracaso en la búsqueda de leyes generales de relación entre constructos, plas-

mada en la escasa concordancia entre las sucesivas revisiones de determinados aspectos de la teoría que obligan, a su vez, a la continua reformulación *ad hoc* de los principios previamente establecidos cuando se incorpora un nuevo factor de influencia. En tercer lugar, una limitada capacidad para abordar empíricamente de forma global los procesos grupales en entornos reales, cuya complejidad escapa del alcance de los supuestos y métodos al uso. Por ello, sin dejar de reconocer la enorme potencialidad del marco teórico que hemos analizado, ni sus contribuciones al avance en la comprensión de la conducta grupal, creemos que es necesaria una profunda transformación en sus supuestos, herramientas y prácticas si se desea una aproximación más eficiente y aplicadas a los fenómenos grupales.

Desde el punto de vista epistemológico, la investigación en este ámbito puede y debe nutrirse de las visiones que realizan un mayor énfasis en el carácter construido y dialógico de la realidad social (véase, por ejemplo, Potter, 1996; o Schwandt, 2000, para una panorámica) de cara a superar la aporía a la que ha conducido la tendencia a la reificación descontextualizada de constructos y principios. Esta perspectiva puede ser especialmente pertinente al ofrecer un marco que conceptualiza las categorías sociales no ya como elementos estáticos o preformados ubicados en la mente de los sujetos, sino como emergentes que se construyen en el momento de la interacción con finalidad retórica y autoafirmativa, en confluencia con la línea de avance de los trabajos más cualificados dentro del área. Igualmente, a pesar de su todavía incipiente formalización en el ámbito de las ciencias humanas, puede tomar numerosos referentes de los denominados *paradigmas de la complejidad* (véase, por ejemplo, Prigogine, Guattari, Lesoume, y cols., 2000), que constituyen una potente reformulación del modo en que cabe conceptualizar y abordar los fenómenos conformados por ciclos recursivos de interacción múltiple. En la misma línea, desde el punto de vista metodológico, para realizar un abordaje más adecuado a las características de los fenómenos grupales, deberá aproximarse al uso de herramientas de análisis dinámico, cimentadas en supuestos de no-linealidad e interactividad. Deberá contemplar igualmente el uso de abordajes cualitativos que ayuden a dar cuenta de los patrones generales de relación conformados por los fenómenos grupales y que ofrezcan una visión complementaria, de carácter fenoménico y procesual, del modo en que los sujetos construyen su visión de la realidad social y de su propia conducta.

## Referencias

- Albert, S. (1977). Temporal comparison theory. *Psychological Review*, 84, 485-503.
- Ashmore, R.D., Jussim, L., y Wilder, D. (eds.) (2001). *Social Identity, Intergroup Conflict and Conflict Resolution. Rutgers series on self and social identity; vol. 3*. New York: Oxford University Press.
- Bettencourt, B.A., Dorr, N., Charlton y K. Hume, D.L. (2001). Status differences and in-group bias: A meta-analytic examination of the effects of status stability, status legitimacy, an group permeability. *Psychological Bulletin*, 127(4), 520-42.
- Billig, M., y Tajfel, H. (1973). Social categorization and similarity in intergroup behavior. *European Journal of Social Psychology*, 3, 27-52.
- Branscombe, N.R., Ellemers, N., Spears, R., y Doosje, B. (1999). The context and content of social identity threat. En N. Ellemers, R. Spears y B. Doosje (Eds.): *Social identity: Context, commitment, content* (pp. 35-58). Oxford: Blackwell.
- Brewer, M.B. (1979). Ingroup bias in the minimal intergroup situation: A cognitive-motivational analysis. *Psychological Bulletin*, 86, 307-324.
- Brewer, M.B. (1991). The social self: On being the same and different at the same time. *Personality y Social Psychology Bulletin*, 17, 475-482.
- Brewer, M.B. (1993). Social identity, distinctiveness and in-group homogeneity. *Social Cognition*, 11, 150-164.
- Brewer, M.B. (2001). Ingroup identification and intergroup conflict: When does ingroup love become outgroup hate? En R.D. Ashmore, L. Jussim y D. Wilder (Eds.): *Social identity, intergroup conflict and conflict reduction* (pp. 17-41). Nueva York: Oxford University Press.



- Brewer, M.B. y Brown, R.J. (1998). Intergroup relations. En D.T. Gilbert, S.T. Fiske y G. Lindzey (Eds.): *Handbook of Social Psychology, 4th ed.* (pp. 554-594). Boston: McGraw-Hill.
- Brown, R.J. (1995). *Prejudice in Social Psychology*. Oxford: Blackwell.
- Brown, R., y Capozza, D. (2006). *Social Identity. Motivational, emotional and cultural influences*. Nueva York: Psychology Press.
- Brown, R.J., y Gaertner, S.L. (2001). *Blackwell Handbook of Social Psychology: Intergroup Processes*. Oxford: Blackwell.
- Cameron, J.E. (2004). A three-factor model of social identity. *Self and Identity, 3*, 239-262.
- Capra, F. (2003). *La trama de la vida*. Barcelona: Editorial Anagrama. (orig. 1996)
- Deaux, K. (2000). Models, meanings and motivations. En D. Capozza y R. Brown (Eds.): *Social identity processes: Trends in theory and research* (pp. 1-14). Londres: Sage.
- Deschamps, J.C., y Devos, T. (1996). Relaciones entre identidad social e identidad personal. En J.F. Morales, D. Páez, J.C. Deschamps y S. Worchel (eds.): *Identidad social: aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos* (pp. 39-55). Valencia: Promolibro.
- Diehl, M. (1990). The minimal group paradigm: Theoretical explanations and empirical finding. En W. Stroebe y M. Hewstone (Eds.): *European Review of Social Psychology* (pp. 263-292). London: Wiley.
- Dion, K.H. (2000). Group Cohesion: From «Field Forces» to Multidimensional Constructs. *Group Dynamics: Theory, Research and Practice, 4*(1), 7-26.
- Doosje, B., Ellemers, N., y Spears, R. (1995). Perceived intragroup variability as a function of group status and identification. *Journal of Experimental Social Psychology, 31*, 410-436.
- Eiser, J.R. (1989). *Actitudes, cognición y conducta social*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Ellemers, N., Kortekaas, P., y Ouwerkerk, J.W. (1999). Self-categorization, commitment to the group and self-esteem as related but distinct aspects of social identity. *European Journal of Social Psychology, 29*, 371-389.
- Ellemers, N., Spears, R., y Doosje, B. (1999). *Social identity: Context, content and commitment*. Oxford: Blackwell.
- Ellemers, N., Spears, R., y Doosje, B. (2002). Self and social identity. *Annual Review of Psychology, 53*, 161-86.
- Gaertner, S.L., Dovidio, J.F., Anastasio, P.A., Bachman, B.A., y Rust, M.C. (1993). The common ingroup identity model: Recategorization and the reduction of intergroup bias. *European Review of Social Psychology, 4*, 1-26.
- Haslam, S.A., Oakes, P.J., Turner, J.C., y McGarty, C. (1995). Social categorization and group homogeneity: Changes in the perceived applicability of stereotype content as a function of comparative content and trait favourableness. *British Journal of Social Psychology, 34*, 139-160.
- Henry, K.B., Arrow, H., y Carini, B. (1999). A tripartite model of group identification. *Small Group Research, 30*(5), 558-581.
- Hewstone, M., Rubin, M., y Willis, H. (2002). Intergroup bias. *Annual Review of Psychology, 53*, 575-604.
- Hofman, J.E. (1988). Social Identity and Intergroup Conflict: An Israeli view. En W. Stroebe, A.W. Kruglanski, D. Bar-Tal y M. Hewstone: *The Social Psychology of Intergroup Conflict* (pp. 89-102). Berlin: Springer-Verlag.
- Hogg, M.A. (1992). *The social psychology of group cohesiveness: From attraction to social identity*. New York: Harvester Wheatsheaf and New York University Press.
- Hogg, M.A. (1996). Social Identity, self-categorization and the small group. En E.H. Witte, J.D. Davis: *Understanding group behavior*. Mahwah, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.
- Hogg, M.A. (2000). Subjective uncertainty reduction through self-categorization: A motivational theory of social identity processes and group phenomena. En W. Stroebe, M. Hewstone (Eds.): *European Review of Social Psychology, 11*, 223-55. Chichester, UK: Wiley.
- Hogg, M.A., y Abrams, D. (1988). *Social identification: A social psychology of intergroup relation and group process*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Hogg, M.A., y Abrams, D. (1993). Towards a single-process uncertainty - reduction model of social motivation in groups. En M.A. Hogg y D. Abrams (Eds.): *Group Motivation: Social Psychological Perspectives* (pp. 173-90). New York: Harvester Wheatsheaf.
- Hogg, M.A., y Abrams, D. (1999). Social Identity and Social Cognition: Historical Background and Current Trends. En M.A. Hogg y D. Abrams: *Social Identity and Social Cognition* (pp. 1-25). Oxford: Blackwell Publishers.
- Hogg, M.A., Cooper-Shaw, L., y Holzworth, D.W. (1993). Group prototypicality and depersonalized attraction in small interactive groups. *Personality and Social Psychology Bulletin, 19*(4), 452-465.
- Hogg, M.A., y Hains, S.C. (1996). Intergroup relations and group solidarity: Effects of group identification and social beliefs on depersonalized attraction. *Journal of Personality and Social Psychology, 70*(2), 295-309.
- Hogg, M.A., Hains, S.C., y Mason, I. (1998). Identification and leadership in small groups: Salience, frame of reference and leader stereotypicality effects on leader evaluations. *Journal of Personality and Social Psychology, 75*(5), 1248-1263.
- Hogg, M.A., Hardie, E.A., y Reynolds, K.J. (1995). Prototypical similarity, self-categorization, an depersonalized attraction: A perspective on group cohesiveness. *European Journal of Social Psychology, 25*, 159-177.
- Hogg, M., y Terry, D. (2000). Social identity and self-categorization processes in organization contexts. *Academy of Management Review, 25*, 121-140.
- Hogg, M.A., y Tindale, R.S. (Eds.) (2001). *Blackwell Handbook of Social Psychology: Group Processes*. Oxford: Blackwell.
- Huddy, L. (2004). Contrasting theoretical approaches to intergroup relations. *Political Psychology, 25*, 947-967.
- Jetten, J., Spears, R., y Manstead, A.S.R. (1996). Ingroup norms and intergroup discrimination: Distinctive self-categorization and social identity effects. *Journal of Personality and Social Psychology, 71*, 1222-1233.
- Jetten, J., Spears, R., y Manstead, A.S.R. (1999). Group distinctiveness and intergroup discrimination. En N. Ellemers, R. Spears y B. Doosje: *Social identity: Context, content and commitment*. (pp. 107-126). Oxford: Blackwell.
- Jetten, J., Spears, R., y Postmes, T. (2004). Intergroup distinctiveness and differentiation: A meta-analytical investigation. *Journal of Personality and Social Psychology, 86*, 862-879.
- Masters, J.C., y Keil, L.J. (1987). Generic comparison processes in human judgement and behavior. En J.C. Masters y W.P. Smith (Eds.): *Social comparison, social justice and relative deprivation* (pp. 217-42). Hillsdale: Erlbaum.
- Mullen, B., y Hu, L. (1989). Perceptions of ingroup and outgroup variability: A meta-analytic integration. *Basic y Applied Social Psychology, 10*, 233-252.
- Mullen, B., Brown, R., y Smith, C. (1992). Ingroup bias as a function of salience, relevance and status: An integration. *European Journal of Social Psychology, 22*(2), 103-122.
- Oakes, P.J., Haslam, S.A., y Reynolds, K.J. (1999). Social categorization and social context: Is stereotype change a matter of information or of meaning? En D. Abrams y M.A. Hogg (Eds.): *Social identity and social cognition* (pp. 55-79). Oxford, UK: Blackwell.
- Oakes, P.J., Haslam, S.A., y Turner, J.C. (1994). *Stereotyping and social reality*. Oxford: Blackwell.
- Oakes, P., Haslam, S.A., y Turner, J.C. (1996). Un análisis de la prototipicidad desde la perspectiva de la categorización del yo. En J.F. Morales, D. Páez, J.C. Deschamps y S. Worchel: *Identidad social. Aproximaciones psicosociales a los grupos y las relaciones entre grupos* (pp. 111-140). Valencia: Promolibro.
- Onorato, R.S., y Turner, J.C. (2004). Fluidity in the self-concept: The shift from personal to social identity. *European Journal of Social Psychology, 34*, 257-278.
- Ostrom, T.M., y Sedikides, C. (1992). Out-group homogeneity effects in natural and minimal groups. *Psychological Bulletin, 112*, 536-552.
- Park, B., y Judd, C.M. (2005). Rethinking the link between categorization and prejudice within the social cognition perspective. *Personality and Social Psychology Review, 9*(2), 108-130.
- Potter, M. (1996). *Representing reality. Discourse, rhetoric and social construction*. Londres: Sage.
- Prigogine, I., Guattari, F., Lesoume, J., y cols. (2000). *Ilya Prigogine: el tiempo y el devenir. Coloquio de Cérisy*. Barcelona: Editorial Gedisa (orig. 1988).
- Reicher, S.D. (1987). Crowd behavior as social action. En J.C. Turner, M.A. Hogg, P.J. Oakes, S.D. Reicher y M.S. Wetherell (Eds.): *Rediscovering the social group: A self-categorization theory* (pp. 171-202). Oxford: Blackwell.
- Reicher, S.D. (2004) The context of social identity: Domination, resistance and change. *Political Psychology, 25*(6), 921-945.

- Rosch, E. (1978). Principles of categorization. En E. Rosch y B.B. Lloyd (Eds.) (1978): *Cognition and categorization* (pp. 27-48). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Rubin, M., y Hewstone, M. (1998). Social identity theory's self-esteem hypothesis: A review and some suggestions for clarification. *Personality and Social Psychology Review*, 2, 40-62.
- Scandroglio, B., Martínez, J.M., Martín, M.J., López, J.S., Martín, A., San José, M.C., y Martín J.M. (2002). Violencia grupal juvenil: una revisión crítica. *Psicothema*, 4, Suppl. 6-15.
- Scheepers, D., Spears, R., Doosje, B., y Manstead, A.S.R. (2006). Diversity in In-Group Bias: Structural factors, situational features and social functions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 90(6), 944-960.
- Schwandt, T.A. (2000). Three epistemological stances for qualitative inquiry. En N.K. Denzin y Y.S. Lincoln (Eds.): *The Handbook of Qualitative Research* (Segunda edición; pp. 189-213). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Simon, B. (1992). The perception of ingroup and outgroup homogeneity: Re-introducing the intergroup context. En W. Stroebe y M. Hewstone (Eds.): *European Review of Social Psychology* (pp. 1-30). Chichester: Wiley.
- Spears, R., Doosje, B., y Ellemers, N. (1999). Commitment and the context of social perception. En N. Ellemers, R. Spears y B. Doosje: *Social identity: Context, content and commitment*. (pp. 84-106). Oxford: Blackwell.
- Spears, R., Oakes, P.J., Ellemers, N., y Haslam, S.A. (Eds.) (1997). *The social psychology of stereotyping and group life*. Oxford, UK: Blackwell.
- Tajfel, H. (1957). Value and the perceptual judgement of magnitude. *Psychological Review*, 64, 192-204.
- Tajfel, H. (1970). Experiments in intergroup discrimination. *Scientific American*, 223, 96-102.
- Tajfel, H. (1974). Social identity and intergroup behavior. *Social Science Information*, 13, 65-93.
- Tajfel, H. (Ed.) (1978). *Differentiation between social groups: Studies in the social psychology of intergroup relations*. Londres: Academic Press.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press (Versión española Tajfel, H. [1984]. Grupos humanos y categorías Sociales. Barcelona: Herder).
- Tajfel, H., Billig, M., Bundy, R.P., y Flament, C. (1971). Social categorization and intergroup behavior. *European Journal of Social Psychology*, 1, 144-77
- Tajfel, H., y Turner, J.C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W.G. Austin y S. Worchel (Eds.): *The Social Psychology of intergroup relations* (pp. 33-47). Monterey, CA: Brooks-Cole.
- Turner, J.C. (1982). Towards a cognitive redefinition of the social group. En H. Tajfel (Ed.): *Social identity and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Turner, J.C. (1985). Social categorization and the self-concept: A social cognitive theory of group behaviour. En E.J. Lawler (Ed.): *Advances in group processes: Theory and research* (vol., 2, pp. 77-122) Greenwich: JAI Press.
- Turner, J.C. (1991). *Social Influence*. Buckingham: Open University Press.
- Turner, J.C. (1999). Some current issues in research on social identity and self-categorisation theories. En N. Ellemers, R. Spears y B. Doosje (Eds.): *Social identity: Context, commitment, content* (pp. 6-34). Oxford: Blackwell.
- Turner, J.C., y Brown, R. (1978). Social status, cognitive alternatives and intergroup relations. En H. Tajfel (Ed.): *Differentiation between social groups: Studies in the social psychology of intergroup relations*. Londres: Academic Press.
- Turner, J.C., y Giles, H. (Eds.) (1981). *Intergroup Behavior*. Oxford: Blackwell.
- Turner, J.C., Hogg, M.A., Oakes, P.J., Reicher, S.D., y Wetherell, M.S. (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford: Blackwell (versión española: Turner, J.C., Hogg, M.A., Oakes, P.J., Reicher, S.D., y Wetherell, M.S. [1990]. *Redescubriendo el Grupo Social*, Madrid: Morata).
- Turner, J.C., y Reynolds, K.J. (2001). The Social Identity perspective in intergroup relations: Theories, themes and controversies. En R. Brown y S.L. Gaertner: *Blackwell Handbook of Social Psychology: Intergroup Processes* (pp. 133-152). Oxford: Blackwell.
- Worchel, S., Iuzzini, J., Coutant, D., e Ivaldi, M. (2000). A multidimensional model of identity: Relating individual and group identities to intergroup behaviour. En D. Capozza y R. Brown (Eds.): *Social identity processes: Trends in theory and research* (pp. 15-32). Londres: Sage.